

## Las implicaciones del feminismo para la identidad social de las mujeres

Carmen Yago Alonso  
Consuelo Paterna Bleda  
*Universidad de Murcia*

*La investigación psicosocial que vincula las actitudes de género y la identificación social feminista con la identidad de género es reciente. Este artículo se centra en la revisión crítica de los estudios sobre la relación entre las actitudes y la identidad social feminista. Partiendo de la teoría de la autoestima colectiva, se revisan los estudios, la metodología y las hipótesis que relacionan la identidad social de género con la identidad feminista. La representación social del feminismo aparece como un factor relevante en el proceso de identificación social. Finalmente se indican las limitaciones de estos estudios y se proponen hipótesis sobre la investigación y la relación entre la defensa del feminismo y la identificación social como feminista.*

*Palabras clave: identificación social, identidad de género e identidad social feminista, actitudes feministas.*

*Psychosocial research has only recently linked gender attitudes and the feminist social identification with gender identity. This article is a critical review of studies on feminist social identity and attitudes. Starting with the theory of collective self-esteem, the studies, the methodologies and the hypotheses that relate the social identity of gender with feminist identity are reviewed. The social representation of feminism emerges as a relevant factor in the process of social identification. Finally, certain limitations in these studies are identified and hypotheses proposed for research and the relationship between the defence of feminist ideology and the social identification as a feminist.*

*Key words: social identification, gender identity, social feminist identity and feminist attitudes.*

Construir un sentido de identidad es un proceso individual y colectivo. Junto a las características que nos describen como mujeres únicas y diferentes del resto, el proceso de identificación social resulta útil para comprender el desarrollo del autoconcepto de género. El análisis de la identificación con ciertas categorías sociales basadas en parámetros relacionales, vocacionales, étnicos, religiosos, de estigma social o de afiliación ideológico-política (Deaux *et al.*, 1995) proporciona una base para la reflexión sobre las múltiples intersecciones que confluyen en la categoría social “mujer”, y una aportación al debate sobre el género. De este modo, podemos sugerir que el desarrollo de la identidad social de género está influido tanto por las identificaciones sociales de las mujeres como por las actitudes que sostengan en relación a aquellos parámetros.

Una de las significaciones que el feminismo ha tenido para las mujeres ha sido ser una vía para la comprensión de los condicionamientos de género y para el cuestionamiento del orden social en el que se construye la identidad. Como Marcela Lagarde (2000) ha señalado, las mujeres han generado una nueva conciencia del mundo desde la mirada crítica de la propia individualidad, a partir del reconocimiento del género en cada una. Dicho proceso de acción política, heterogéneo y siempre inacabado, que conecta lo personal a lo colectivo, influye en cómo las mujeres se describen en relación con su entorno creando significado.

Definirse como feminista es una identificación a tener en cuenta en el estudio de la identidad de género. La investigación psicosocial que vincula la identidad social de género con la identificación social feminista es reciente. Este trabajo se centra en la conceptualización del proceso de identificación social feminista y, en concreto, atiende a la necesidad de entenderlo como un proceso de carácter multifactorial, como en el caso de la identificación social de género (Cameron y Lalonde, 2001). El artículo desarrolla la hipótesis de la multifactorialidad de la identificación social feminista a partir de la revisión de estudios relevantes sobre actitudes hacia la ideología de género y algunos predictores que han resultado significativos en esta identificación social. Con este objetivo abordamos la relación entre las actitudes feministas y la identificación como feminista, el desarrollo de la identidad feminista y la representación social del feminismo, analizando para ello la metodología y las hipótesis de aquellos estudios que relacionan la identidad social de género con la identidad feminista. Por último, señalamos las limitaciones de estos estudios y elaboramos una propuesta sobre la relación entre las actitudes feministas, la identificación social como feminista y la identidad social de género.

## **Las actitudes hacia la ideología de género**

El estudio de la identidad social de género no puede prescindir del significado ideológico de las categorías sociales de género (Cameron y Lalonde, 2001). En este sentido, las actitudes hacia la ideología de género, es decir, las actitudes hacia el conjunto de creencias normativas sobre los sexos, que a su

vez definen las categorías de mujer y hombre, son parte importante de la construcción de la identidad social.

Tradicionalmente estas actitudes se han clasificado en un continuo en función de los roles, derechos y responsabilidades que se asignan diferencialmente a mujeres y hombres, situando en un polo las actitudes misóginas y en el otro las profeministas. Ésta es la concepción que subyace en la *Escala de Actitudes hacia las Mujeres* (AWS; Janet T. Spence y Robert L. Helmreich, 1972), cuyo uso repetido en varias cohortes ha permitido medir el cambio en las actitudes hacia el género desde principios de los años 70 hasta nuestros días en el mundo occidental. Del mismo modo, la *Escala del Igualitarismo del Rol Sexual* (SRES), de características similares a la AWS, se centra en la actitud de hombres y mujeres hacia roles tradicionales y no tradicionales en cinco ámbitos distintos: pareja, crianza, empleo, sexualidad y educación. La novedad de esta escala, respecto a la AWS, es que incluye la medida de actitudes hacia hombres que ejercen roles típicamente femeninos (Beere, King, Beere y King, 1984). En la misma línea se hallan la *Escala del Rol Sexual Tradicional* de Knud Larsen y Ed Long (1988) y la *Escala de Ideología del Rol Sexual* de Rudolf Kalin y Penelope Tilby (1978). Todas estas medidas han valorado las actitudes hacia el rol sexual, relacionando el sexo con roles significativos en la toma de decisiones, las tareas de cuidado y la educación de las hijas e hijos. También se han valorado las actitudes hacia el género de forma más contextualizada. Así, el *Cuestionario de Relaciones entre Sexos* (MFRQ; Janet Spence, Robert Helmreich y Linda Sawin, 1980) ha sido diseñado para medir el comportamiento actitudinal en situaciones interpersonales en las que había unas expectativas de género específicas.

Los instrumentos mencionados recogen las actitudes tradicionales hacia los roles de género, aunque su contenido no puede considerarse un reflejo de la situación actual de las relaciones entre los sexos; ya que, por ejemplo, no contemplan las formas sutiles de prejuicio sexista (Swin y Cohen, 1997). El estudio del sexismo sutil deriva de una perspectiva teórica diferente, basado en el paralelismo entre racismo y sexismo (McHugh y Frieze, 1997). Las escalas sobre sexismo más recientes diferencian entre actitudes sexistas manifiestas y sutiles. Entre las medidas que recogen las nuevas formas de sexismo encontramos, por ejemplo, la *Escala de Ideología del Rol Sexual* (Miguel Moya *et al.*, 1990), la *Escala de Neosexismo* (Francine Tougas *et al.*, 1995) o la *Escala de Sexismo Antiguo y Moderno* (Janet K. Swim *et al.*, 1995). Estos instrumentos son buenas medidas para abordar el sexismo contemporáneo, en el que se niega la discriminación de género cuando se pregunta de forma abierta, y, sin embargo, se está en contra de políticas y acciones que hagan posible una igualdad real entre ambos sexos. Por otro lado, Peter Glick y Susan T. Fiske (1996) consideran necesaria una nueva conceptualización y medida del sexismo. Desde su modelo, el sexismo es un fenómeno ambivalente en el que al mismo tiempo se conjugan sentimientos positivos y reacciones hostiles hacia las mujeres, como resultado de la combinación entre el deseo masculino de dominio y la dependencia que los hombres sienten hacia las mujeres para lograr su satisfacción sexual, familiar y afectiva. El instrumento que desarrollan es el *Inventario del Sexismo Ambivalente* (ASI).

Tradicionalmente, se ha venido confundiendo la valoración de las actitudes hacia los roles de género con la medida de actitudes feministas. En la investigación sobre actitudes hacia los roles de género, no ser tradicional en lo referente al rol sexual se consideraba predictor de una variedad de comportamientos y actitudes consistentes con la ideología feminista (Frieze y McHugh, 1998). Actualmente esta cuestión ya está diferenciada, entendiéndose que aunque el grado de tradicionalismo pueda correlacionar con ciertos comportamientos, incluidos los feministas, el objeto de medida de las actitudes feministas es más amplio. Así, aunque autoras como Betsy L. Morgan (1996) consideren las actitudes hacia el rol sexual como una parte de las actitudes feministas, la medida de las primeras no tiene por que reflejar el resto de aspectos sociopolíticos de las segundas. Con esta diferenciación, la dicotomía inicial referente a la actitud misógina frente a la profeminista, se hace más compleja si consideramos los ejes tradicional-liberal y feminista-antifeminista en el estudio de las actitudes. Podríamos afirmar que la elección de actitudes no tradicionales hacia la ideología de género sugiere disconformidad con los roles sexuales tradicionales, sin entrar en otras consideraciones políticas de transformación de las relaciones de poder entre los sexos.

Siguiendo la división que Morgan (1996) establece en la *Escala de ideología y actitud feminista liberal*, los dominios que reflejan el contenido de las actitudes feministas son:

1. *Roles de género*: se centra en la percepción de qué roles son los que corresponden a cada sexo. Las visiones menos tradicionales son aquéllas que apenas prescriben roles según el sexo.

2. *Objetivos del movimiento feminista*: valora la actitud hacia las metas relacionadas con la salud de las mujeres, la igualdad retributiva, el acceso a la educación y al empleo, la violencia, el cuidado de hijas e hijos, la maternidad, la sexualidad y los derechos organizativos, entre otros.

3. *Ideología feminista*: hace referencia a la discriminación y subordinación femenina, la acción colectiva y la sororidad entre las mujeres. Con este componente, Morgan intenta reflejar el núcleo del pensamiento feminista: el «reconocimiento de la discriminación, el deseo de erradicarla y la necesidad de comprender cuáles son las similitudes y divergencias en las experiencias de las mujeres» (Morgan, 1996, 371).

La incorporación de la diversidad de enfoques dentro del feminismo en la valoración de las actitudes feministas sería posterior. El primer intento por incorporar la riqueza teórico-política del feminismo, en el marco del pensamiento feminista norteamericano, es de Nancy M. Henley *et al.* (1998) a través de su *Escala de Perspectivas Feministas* (FPS). En ella reconocen la heterogeneidad de actitudes feministas al incluir además de la ideología liberal, los enfoques radical, socialista, cultural y el de las mujeres de color (*womanist*). El conservadurismo también estaría incluido, puesto que lo consideran una poderosa teoría política que influye en las cuestiones que implican a las mujeres. Con este instrumento las autoras denuncian el reduccionismo que la investigación práctica

al representar sólo determinados enfoques en la selección de actitudes feministas y el utilizar muestras homogéneas para mantener la fiabilidad y validez de las escalas.

### ¿Una cuestión de actitudes ideológicas o de identificación social?

A partir de los resultados de las escalas que miden actitudes feministas se ha identificado a las personas de las muestras (mujeres en su mayoría) como “feministas”, “no feministas” y “antifeministas”; sin embargo, existe una discrepancia entre las nuevas generaciones de mujeres, que apoyando las metas que persigue el feminismo no llegan a identificarse como feministas ni a tomar parte de una acción colectiva.

En 1987, Claire M. Renzetti realizó una encuesta de opinión en EE.UU. para explorar las variables que explicarían la actitud de una muestra de mujeres hacia el feminismo, encontrando que, a pesar de que contaban con altos niveles en concienciación de género y su visión del trabajo feminista no era negativa, se negaban a identificarse como tales. Según Renzetti, este rechazo proviene, más que de la imagen negativa del feminismo, de una «percepción de que las mujeres pueden triunfar como individuos sin la necesidad de los esfuerzos colectivos» (Renzetti, 1987, 274; Pérez y Buitrago, 1985; Paterna *et al.*, 2001). Tal actitud constituiría uno de los polos que puede observarse en la diferencia entre posiciones feministas y antifeministas, en cuanto al grado de responsabilidad que se le atribuye a la mujer en el análisis de la desigualdad de género. Mientras que las mujeres feministas resaltan las barreras sociales, psicológicas e institucionales del sexismo y destacan su dimensión colectiva, el discurso antifeminista deja caer el peso de la responsabilidad en el cambio de la mujer como individuo y en sus interacciones interpersonales con el otro sexo (Myaskovsky y Wittig, 1997). Los mensajes reactivos del patriarcado contra el feminismo resaltan el logro de la igualdad y el anacronismo de los objetivos feministas, dificultando en las mujeres la posibilidad de elaborar una lectura política de su propia opresión (Ana de Miguel, s.f.).

Un estudio sobre la participación política de las mujeres concluyó que las mujeres atribuían la responsabilidad del cambio social femenino antes a la acción gubernamental e individual que al trabajo desempeñado por los colectivos sociales españoles (Miranda, 1987). Además, entre las mujeres españolas más jóvenes no había cristalizado un sujeto colectivo femenino ni una comprensión común de sus realidades y, así, en el análisis de los discursos eran frecuentes las referencias a un “nosotros” compartido con hombres de su misma franja etárea. Estas mujeres reconocían la importancia del movimiento feminista en el pasado, por la capacidad que tuvo de romper viejas barreras, pero no le encontraban conexión con su momento presente. Actitudes similares reflejan otras encuestas a la población española, que sugieren la relevancia social del movimiento feminista en la sociedad española y resaltan el cambio de actitud de sus miembros y, al mismo tiempo, informan de la baja participación de las mujeres en las acciones colectivas a favor de la igualdad (Metra Seis, 1978 y 1986).

Para diferenciar la ideología de la identificación social, Rachel Williams y Michele A. Wittig (1997) han planteado dos orientaciones en la sociedad norteamericana: por un lado, señalan la *orientación pro-feminista* refiriéndose a aquellas personas que aun apoyando las metas del feminismo se resisten a considerarse integrantes del movimiento; y, por otro, destacan la *identificación social feminista*, incluyendo a aquéllas que se identifican como feministas y adoptan esta etiqueta social para definirse. Teniendo en cuenta esta diferenciación, el objetivo que Williams y Wittig (1997) se plantearon en su estudio fue la búsqueda de predictores de la identidad social feminista, es decir, hallar qué factores podrían estar mediando tal identificación dada la importancia que podrían tener en la acción colectiva.

En este sentido, los predictores que se han encontrado significativos para la identificación social feminista han sido:

a) El género como marcador de diferencias. Las mujeres se autoidentificaron como feministas en mayor medida que los hombres (Williams y Wittig, 1997; Burn, Aboud y Moyles, 2000), aunque no se ha profundizado sobre las dimensiones de género que podrían estar mediando esta diferenciación.

b) El grado de exposición al pensamiento feminista, donde, además de una formación específica sobre feminismo, el hecho de conocer por experiencia propia y a través de la relación lo que el feminismo significa, lejos de estereotipos y prejuicios negativos, juega un rol facilitador en el desarrollo de esta identidad social (Williams y Wittig, 1997; Myaskovsky y Wittig, 1997).

c) Mantener una opinión positiva del movimiento feminista (Myaskovsky y Wittig, 1997).

El predictor creencia en la acción colectiva, aunque fue significativo teniendo en cuenta el sexo y el apoyo a la ideología feminista, no mantenía su significado cuando se analizaba como predictor en solitario sobre el resto de variables. No obstante, Myriam Liss *et al.* (2001) mostraron la relación de esta variable con la identificación feminista, coincidiendo con la hipótesis de la Teoría de la Identidad Social sobre el hecho de que la identificación social sea un predictor del deseo de participar en actividades de reivindicación colectiva.

Llegado este punto podemos ya mostrar la relación entre las actitudes feministas y la autoidentificación como "feminista". Morgan (1996) encontró una correlación significativa de estas variables con la intensidad y la dirección esperadas, cuando se compararon las actitudes de mujeres que se consideraban feministas con las actitudes de mujeres y hombres no feministas. Concretamente, las mujeres feministas apoyaban con más firmeza las ideas sobre la igualdad de género, poseían una mayor conciencia de discriminación y mostraban una mayor necesidad de acción colectiva en respuesta a su situación. Los estudios de Christin Griffin (1989), Larissa Myaskovsky y Michele A. Wittig (1997) y Rachel Williams y Michele A. Wittig (1997) han concluido que las mujeres que se han identificado como feministas mantienen actitudes feministas consolidadas, aunque no todas aquéllas cuya postura ideológica se acerca al feminismo se identifican como feministas.

Otra matización al respecto son los estudios que han relacionado los diferentes feminismos del contexto norteamericano con la identificación social feminista, encontrando que quienes adoptan actitudes feministas liberales no se consideran feministas y, en este sentido, la ideología feminista liberal no ha podido establecerse como predictor de la identificación social feminista, aunque correlacione con una orientación profeminista (Liss, Hoffner y Crawford, 2000). Así, mientras la orientación del feminismo radical es la que más fuertemente se asocia con la autoidentificación feminista (Henley *et al.*, 1998), las mujeres del feminismo cultural muestran una identificación menos consistente.

### **Identidad social feminista: el modelo de Nancy E. Downing y Kristin L. Roush (1985)**

Hasta el momento, el análisis de la relación entre la identificación como feminista y las actitudes feministas, entre otras variables predictivas, tiene un carácter transversal.

Otra línea de investigación ha considerado la identificación feminista como un proceso de desarrollo de la identidad. El modelo de Nancy E. Downing y Kristin L. Roush (1985), elaborado con la experiencia personal y clínica de las autoras, y desde la perspectiva estructural de otras teorías que describen la adquisición, el desarrollo y el mantenimiento de identidades minoritarias positivas (Cross, 1971), define cinco etapas en el desarrollo de la identidad feminista en las mujeres: aceptación pasiva, revelación, apoyo social-emanación, síntesis y participación.

La mayor aportación de este modelo es el reconocimiento de la heterogeneidad femenina en relación a su conciencia y compromiso contra la desigualdad sexista. Se consigue pasar de una concepción dicotómica que únicamente valora la presencia-ausencia de los componentes de concienciación feminista, a la consideración de un proceso gradual de adquisición de tales elementos mediante el desarrollo de una identidad.

La primera etapa del modelo de Downing y Roush (1985) describe a la mujer que acepta los roles y estereotipos tradicionales, evitando la confrontación con otras actitudes y valores con el fin de mantener un sentido de equilibrio personal. A partir de la segunda etapa comienza un proceso de toma de conciencia en el que la mujer visibiliza su posición de subordinación respecto al hombre, y cuyos sentimientos de ira y culpa resuelve a través de los vínculos de apoyo con otras mujeres y mediante la valoración de lo femenino (tercera etapa). Posteriormente se produce la integración de la identidad feminista en el conjunto de rasgos individuales e identificaciones sociales que definen su autoconcepto, siendo capaz de trascender los roles de género y realizar evaluaciones menos estereotipadas (“síntesis”). Esta etapa es considerada por Kathryn M. Rickard (1990) como el logro cognitivo del desarrollo de la identidad feminista, y es sucedida por la quinta y última etapa, en la que se llega a una participación en la acción colectiva con otras mujeres. Según Downing y Roush (1985), son pocas las mujeres que llegan a este grado de compromiso y, matiza Janet Helms (1984), lo que determina

el paso de una etapa a otra no es sólo la información y los estudios sobre género y desigualdad, sino el medio contextual e interpersonal que rodea sus vidas. Algo que, desde la perspectiva psicosocial, podríamos interpretar como las condiciones que favorecen la construcción de las actitudes y el desarrollo del autoconcepto.

### **La representación social del feminismo en las actitudes y en la identificación social feminista**

Dentro del análisis de la identificación social feminista es importante considerar el papel de los factores que median y condicionan la decisión de elegir o rechazar tales actitudes y pertenencia categorial.

El estudio de Lori J. Nelson, Sandra B. Shanahan y Jennifer Olivetti (1997) plantea cómo la cultura popular ha desvirtuado de tal modo las intenciones de este movimiento social, y cómo hoy día existe una percepción negativa y arraigada del mismo. El feminismo ha sido cabeza de turco de muchos problemas sociales, considerándose una fuente de poder y dominio tan dañina como la procedente del sexismo. Probablemente, la imagen de las feministas como “castradoras” de hombres haya sido una de las visiones más perversas, a pesar de que un componente nuclear de esta ideología es la concienciación sobre los efectos negativos que el poder, entendido como dominio y control, puede tener sobre quien se ejerce. La mayoría de las mujeres feministas no quiere ser objeto ni causa de opresión. Su postura es hacer una lectura positiva del poder, entendiéndolo como “empoderamiento” o capacitación para un cambio social que permita a mujeres y hombres llevar a cabo sus propias metas; un concepto que tiene que ver antes con la autoridad que con el poder. Precisamente, el antifeminismo surge de aquellos grupos que se benefician de la estructura de poder patriarcal, siendo sostenido tanto por hombres como por mujeres, aunque las formas de sostenerlo, así como la motivación de cada sexo, resulte diferente. En el estudio de Nelson, Shanahan y Olivetti (1997), los hombres antifeministas obtuvieron puntuaciones significativas en la dimensión de poder de la escala de valores de Shalom Schwartz (1994), mientras las mujeres antifeministas mostraron un bajo apoyo para el logro de la igualdad (bajas puntuaciones en Universalismo). Con ello deducimos que entre las mujeres que no apoyan el feminismo no existe tanto un deseo de dominio (dimensión de *poder* en la escala de Schwartz), como un miedo a que la igualdad deteriore cierta “protección” de la que algunas mujeres hacen uso en el sistema actual.

En el caso de la sociedad española, la Encuesta IDES (1986) destacó la percepción de las mujeres jóvenes ante el feminismo como un movimiento reivindicativo que ha logrado sus objetivos de igualdad legal, pero que mantiene una imagen deteriorada de agresividad y conflicto con el otro sexo, con la que las mujeres entrevistadas no estaban de acuerdo. Junto a la definición de las feministas como mujeres de acción, con necesidad de independencia y con ganas de triunfar en la vida, las mujeres de la encuesta también consideraban a las mujeres feministas como demasiado ocupadas en la problemática sexual, sin preocuparse de los problemas cotidianos y comunes al resto de mujeres.

Por otro lado, Ruth Fassinger (1994) declaró la necesidad de confeccionar alguna medida especializada en la detección de las reacciones afectivas hacia el feminismo como objeto de actitud. Su producto fue una escala de 10 ítems denominada *Escala de Actitudes hacia el Feminismo y el Movimiento de Mujeres* (FMW), capaz de identificar a quienes se sitúan en posiciones profeministas y perciben el feminismo como una fuerza útil para mejorar el estatus social femenino, que proporciona respuestas eficaces para las necesidades y propósitos de las mujeres. Si tomamos algún ítem de esta escala podemos observar cuál es su objeto de medida: por ejemplo, «El Movimiento de Mujeres ha influido positivamente sobre las relaciones entre hombres y mujeres» o «El feminismo es demasiado extremo y radical en sus planteamientos».

De nuevo en nuestro contexto, Mar Pérez y Cristina Buitrago (1985) realizaron un estudio cualitativo sobre las actitudes de las mujeres españolas ante el feminismo. En él analizaron los diferentes discursos sociales en torno al tema, en concreto las actitudes de aceptación/rechazo que suscita. En las conclusiones, las autoras observaron que, si bien los objetivos del movimiento feminista han atravesado el pensamiento y comportamiento de la sociedad española y se han asumido muchas de sus reivindicaciones, la consideración social del feminismo y de lo que significa “ser feminista” no es positiva. En el estudio se tipificaba como feminista a cualquier mujer que manifiesta una postura de enfrentamiento con el otro sexo. El tipo de actitud dominante sobre el feminismo se definió de la manera siguiente «Hay (sigue habiendo) razones para la existencia de un movimiento feminista, pero (...)» (Pérez y Buitrago, 1985, 90). El sentimiento compartido era que el movimiento feminista ya no ejercía la función de “concienciación social” que tuvo en los años de la transición, centrándose ahora la necesidad en lograr una igualdad real. Entre las mujeres de la muestra había actitudes diferentes. Mientras las mujeres más reivindicativas, que sostenían el “discurso de la desigualdad”, mostraban mayores expectativas sobre el feminismo, las mujeres con un “discurso conservador” señalaban actitudes más recelosas hacia el mismo. Bastantes mujeres conciben el feminismo como algo marginal, emparentado con otros movimientos sociales que actúan al margen del poder, como los movimientos pacifista, ecologista, otros de carácter humanitario, etc. (Synapse, 1985). Según un estudio del CIS (1991), aunque un 40% de personas españolas valora positivamente los colectivos feministas, seis de cada diez personas no estarían dispuestas a pertenecer a ninguno.

En una muestra de mujeres de EE.UU., Myriam Liss, Carolyn Hoffner y Mary Crawford (2000) estudiaron la variedad de estereotipos sobre las creencias de “una feminista típica”, teniendo en cuenta que la distancia entre la ideología personal y la atribuida a las integrantes del movimiento puede ser un factor que condicione la autoidentificación feminista. Para ello se estudiaron dos muestras de mujeres, según se considerasen a sí mismas feministas o no. Tanto unas como otras consideraban que una mujer típica feminista tendría una orientación más radical, socialista y cultural que la propia. La disimilitud entre las creencias individuales y las atribuidas a la feminista típica era más acusada en las mujeres no feministas, pero, sin duda, las feministas también mantenían un estereotipo sobre el feminismo más radical de lo que ellas mismas practicaban. Sólo un

pequeño porcentaje de mujeres del estudio que se autoidentificaban como feministas se negaron a tipificar el feminismo, ya que lo concebían como una red compleja de ideologías, más que como un enfoque unitario con el que compararse. La mayoría de las mujeres no feministas asociaban el feminismo a su vertiente cultural, aun cuando esta perspectiva era la más minoritaria entre las participantes feministas del estudio.

## **De la identificación social de género a la identificación social feminista**

Uno de los conceptos que ha permitido relacionar la identidad social de género con la identidad social feminista es la adaptación que Shawn Burn, Roger Aboud y Carey Moyles (2000) hacen del concepto de autoestima colectiva de Jennifer Crocker y Riia Luthanen (1990) al caso de la identidad social de género. La autoestima colectiva (CSE) hace referencia a esa parte de la identidad social que incorpora los sentimientos de orgullo o de rechazo que los miembros sienten hacia su grupo social de pertenencia. En la definición de identidad social (Tajfel, 1984), además de la conciencia de pertenencia a un grupo como elemento esencial del autoconcepto (categorización social), encontramos que los aspectos valorativo y emocional son igualmente significativos (comparación social). Precisamente, en los grupos sociales con estatus social inferior son los sentimientos de orgullo por las cualidades que han sido desprestigiadas por parte de los grupos dominantes los que motivan a sus miembros hacia el activismo social y justifican la lucha por la igualdad (Smith y Tyler, 1997). Detrás de la posibilidad de comparar y percibir diferencias ilegítimas está la noción de semejanza, según la cual la comparación entre grupos se produce entre aquéllos que se perciben semejantes o con igual derecho de obtener los mismos recursos o valoración. Cuando grupos distintos se hacen conscientes de la ilegitimidad de sus relaciones, una de las dos partes ha tenido la posibilidad de reconocer nuevas dimensiones de semejanza respecto a la otra (Tajfel, 1984), o lo que es lo mismo, ha descubierto el sentido de la igualdad en tales relaciones.

Si aplicamos el concepto de autoestima colectiva al género, encontramos que esa parte del autoconcepto derivada de ser mujer u hombre, que incorpora tales sentimientos de agrado o rechazo hacia el propio grupo social, se denomina autoestima de género (GSE). Esta dimensión evaluativa de la identidad de género incorpora cuatro componentes (Burn, Aboud y Moyles, 2000):

1. El componente de identidad de género, que consiste en la importancia que el hecho de ser hombre o mujer adquiere en el autoconcepto.
2. El componente público o la percepción de la valoración social que posee tal grupo de género.
3. Un aspecto privado, que es el orgullo que los miembros de un grupo social sienten por el hecho de serlo.
4. El sentimiento de valía y utilidad que tales miembros creen que tienen para su grupo social.

En el caso de las mujeres, la importancia que toma la noción de autoestima de género radica en que es una medida que puede llegar a predecir el apoyo hacia el feminismo y a sus objetivos y, por lo tanto, ser el punto de origen para el desarrollo de la identidad social feminista. En este sentido, Burn, Aboud y Moyles (2000) estudian el rol que juega la autoestima de género en el apoyo hacia el feminismo y pronostican que, en las mujeres, puntuaciones altas en el componente de «identidad de género» y en el de «sentimiento de valía para su grupo social», y bajas en la «percepción de un estatus valorado para su categoría de género», correlacionan con un respaldo consistente hacia la ideología feminista; mientras que para los hombres, cuando en estos tres componentes de la autoestima de género encontramos puntuaciones altas, es probable que su apoyo hacia el feminismo sea baja.

De los resultados del estudio merece destacarse el hecho de que la correlación entre la autoidentificación feminista y el componente de identidad de género de la autoestima de género (factor 1) no sea significativa. Así, según este hallazgo, la identificación endogrupal de género no basta para promover una orientación feminista en la mujer. Por otro lado, Susan Condor (1986) encontró que las mujeres tradicionales también pueden mostrar altos índices de identificación con su grupo social de género (Breinlinger y Kelly, 1994; Condor, 1986) y, en este sentido, los resultados hallados hasta el momento nos indican que la identificación con la categoría femenina no es exclusiva de una orientación feminista en la mujer, es decir, que la identificación social de género en las mujeres no se asocia necesariamente con una orientación hacia el cambio social ni con la percepción de ilegitimidad en las relaciones entre los sexos. Si las mujeres que abiertamente se declaran feministas no muestran la relevancia de la identificación social de género en el desarrollo de su autoconcepto, podemos pensar en la existencia de otros factores que determinen el desarrollo de una identidad social feminista. En concreto, del estudio de Burn, Aboud y Moyles (2000) deducimos que sería el sentimiento de valía y utilidad de tales mujeres hacia su grupo social lo que está asociado con una identificación abierta con el feminismo, y no tanto la importancia de la identidad social de género en el autoconcepto. Este resultado, aunque refiriéndose a otra variable, respalda la observación de Patricia Gurin y Alogen Townsend (1986) que afirma que sólo cuando las mujeres se perciben tratadas injustamente son capaces de desplegar una conciencia grupal que las motive para el cambio, ya que la mera identificación con su categoría no implica la insatisfacción con su estatus social.

Si relacionamos estos resultados con la descripción de la Teoría de la Identidad Social en lo que se refiere a la búsqueda de un autoconcepto social positivo, una de las razones por la que las mujeres podrían sentirse valiosas para su grupo social puede hacer referencia a la aportación individual y/o colectiva para mejorar el estatus social femenino; mientras que en el caso de los hombres, su diferente estatus, que les otorga una posición de dominancia respecto a las mujeres, condicionaría su motivación hacia el cambio y respuesta ante el feminismo y, así, el sentimiento de valía para su grupo social quedaría reflejado en la defensa de los valores que protegen su identidad social de género y con ello su poder.

## Conclusiones

A lo largo de estas páginas hemos mostrado la investigación más relevante sobre las actitudes y la identificación social feminista, así como su relación con la identificación social de género. A continuación exponemos algunas propuestas a partir del análisis de los aspectos más destacados.

Al profundizar en la conceptualización del proceso de identificación social feminista, observamos la necesidad de entenderlo como un proceso de carácter multifactorial, como en el caso de la identificación social de género. En toda esta línea de estudios, la valoración de la identificación social feminista en las mujeres ha quedado reducida a la adopción o no de esta etiqueta, es decir, al hecho de que las mujeres se denominen a sí mismas “feministas”, usando dos modalidades de respuesta ante la pregunta *¿Se considera a sí misma feminista?*: la dicotómica (Nelson, Shanahan y Olivetti, 1997) o la gradual (Morgan, 1996). En este sentido, aunque utilizar tal categoría para definirse puede ser reflejo de la identificación, una mejor comprensión de la identidad consistiría en precisar esta conciencia de pertenencia, así como indagar en otros elementos del proceso de identificación, que junto a la dimensión cognitiva, tuviera en cuenta lo motivacional y lo relacional: por ejemplo, y en cuanto a lo cognitivo, una propuesta sería examinar el grado en el que la categoría de género es más saliente para las feministas que para otros grupos sociales, lo que James Cameron y Richard Lalonde (2001) han denominado «centralidad cognitiva», al mismo tiempo que se podría analizar el componente de la autoestima de género: «sentimiento de valía endogrupal» (Burn, Aboud y Moyles, 2000), como un factor motivacional que también ha correlacionado con la identificación social feminista.

Asimismo podrían hallarse otras dimensiones que nos proporcionarían una medida con la que recoger diferencias en el grado de identificación feminista, permitiendo explorar los factores que la median. En cualquier caso, una medida que distinguiese el compromiso del mero deseo de cambio, o lo que es lo mismo, la identificación social feminista de la orientación pro-feminista.

En cuanto al estudio del desarrollo de la identidad feminista es relevante considerar algunos de los siguientes aspectos relativos al modelo de Nancy Downing y Kristin Roush (1985):

- El desarrollo de la identidad como una secuencia lineal y discreta.
- La jerarquización de las experiencias, ya que se priorizan unas en detrimento de otras, igualando racionalidad a madurez.
- La universalidad del proceso, desligándolo de prácticas de poder contextualizadas en las que las relaciones de género se desarrollan.
- La necesidad de comprender el cambio entre etapas, cuáles son los eventos precipitantes y las variables moduladoras.
- Y, por último, su poder de generalización limitado; en palabras de Adena Bargad y Janet S. Hyde (1991) es un «modelo liberal y heterocentrado».

Por otra parte, los estudios que han utilizado este modelo (Bargad y Hyde, 1991; Rickard, 1989) no se han detenido a explorar la identificación social

feminista, que paradójicamente suele ser mayor en las etapas segunda y tercera, revelación y apoyo social/emanación (Henderson-King y Stewart, 1997; Liss, *et al.*, 2001). Este hallazgo cuestiona de nuevo la rigidez del modelo de desarrollo de la identidad, ante el que cabe preguntarse si es estrictamente necesario el cumplimiento de la secuencia propuesta, o, si por el contrario, existe cierta flexibilidad en el salto de alguna fase, o, si se lograría mayor validez con una formulación de modelo que no fuese ni lineal ni categórica, pero sí más compleja y menos prescriptiva. Aunque existe evidencia de que algunos aspectos de la conciencia feminista se desarrollan de forma secuencial, si se cuestiona la continuidad de las etapas del modelo se dificulta enormemente la captación empírica del proceso de desarrollo de la identidad feminista, ya que partiríamos de una progresión no lineal de la identidad social (Henderson-King y Stewart, 1997), lo que implica a su vez un cuestionamiento a nivel metodológico. Además, desde el enfoque de la Teoría de la Identidad Social, y más concretamente el continuo personal-social, la sucesión de identidades, a través del proceso de maduración que Nancy Downing y Kristin Roush (1985) proponen, es problemática. No obstante, desde la Teoría de la Identidad Social la saliencia de la identidad feminista dependería de las condiciones contextuales, pero siempre como una identidad social en cualquiera de las etapas del modelo (Martínez, Paterna y Yago, 2002).

De este modo, consideramos que además de que el modelo sirva para perfilar algunas etapas en el proceso de concienciación feminista, también describe diferentes experiencias feministas que reflejan una variedad de actitudes ante el sexismo. De acuerdo con Donna Henderson-King y Abigail J. Stewart (1997), las mujeres con una respuesta más analítica ante los problemas de su entorno es probable que se sitúen en la etapa de síntesis, mientras que respuestas más emocionales serían encuadradas en la etapa de revelación. Por otro lado, es posible que a estos sentimientos de revelación que el modelo sitúa en las primeras fases, y desde las que supone un progreso hacia sentimientos más “racionales”, no todas las mujeres les adjudiquen el mismo significado. Mientras Nancy Downing y Kristin Roush (1985) los denominan cólera y enfado, algunas mujeres podrían experimentar una sensación de libertad para expresar emociones junto con un sentimiento de poder y creatividad que podrían constituir la base de ciertas estrategias para el cambio social.

La propuesta de profundizar en lo que la identificación social feminista significa, radica en la búsqueda de los criterios bajo los que podamos definir esta identidad social y su proceso de desarrollo. En este camino, reconocer la diversidad de feminismos implica atender a la pluralidad de actitudes feministas en nuestro entorno. El precedente norteamericano lo encontramos en la *Escala de Perspectivas Feministas* (FPS) de Henley y otras (1998).

Ahora sería cuestión de plantearnos cómo influye la diversidad de perspectivas feministas en esta identificación social y en el desarrollo de la identidad. Desde este planteamiento hacemos referencia a la multiplicidad de categorías que convergen en la identificación social feminista. Una de estas categorías es la diferencia sexual, entendida como el análisis desde la diferente experiencia personal, histórica y política que han vivido mujeres y hombres (Rivera,

1994); concepción que se desliga del reduccionismo biológico, sobre el que se ha construido tradicionalmente la desigualdad; mas otras son la edad, la sexualidad, la etnia y la clase social. De esta forma, nos introducimos en la confluencia de diferencias que nutre la teoría feminista en estos momentos. La importancia de observar la diversidad de categorías de análisis es el reconocimiento de la posición desde dónde hablamos, pensamos o hacemos política.

Llegadas a este punto, retomamos el título de este trabajo o la relación del feminismo con la identidad de las mujeres. Al igual que las categorías de “género” y “patriarcado”, clásicas y útiles en el análisis feminista, nuestra propuesta radica en poder utilizar la categoría “mujeres” para el análisis de la identidad feminista, una categoría en continua negociación, con un potencial de análisis y cambio, que se crea y transforma por quienes con ella se identifican.

## REFERENCIAS

- Bargad, A. y Hyde, J. S. (1991). A study of feminist identity development in women. *Psychology of Women Quarterly*, 15, 181-201.
- Beere, C.A., King, D.W., Beere, D.B. y King, L.A. (1984). The Sex Role Egalitarianism Scale: A measure of attitudes toward equality between sexes. *Sex Roles*, 10, 563-576.
- Breilinger, S. y Kelly, C. (1994). Women's responses to status inequality. A test of social identity theory. *Psychology of Women Quarterly*, 18, 1-16.
- Burn, S.M., Aboud, R. y Moyles, C. (2000). The relationship between gender social identity and support for feminism. *Sex Roles*, 42 (11/12), 1081-1089.
- Cameron, J. E. y Lalonde, R.N. (2001). Social identification and gender-related ideology in women and men. *British Journal of Social Psychology*, 40, 59-77.
- Centro de Investigaciones Sociológicas. (1991). *Las mujeres españolas: lo privado y lo público*. Madrid: CIS.
- Condor, S. (1986). Sex role beliefs and “traditional” women: Feminist and intergroup perspectives. En S. Wilkinson (Ed.), *Feminist social psychology: Developing theory and practice* (pp. 97-118). Philadelphia: Open University Press.
- Crocker, J. y Luhtanen, R. (1990). Collective self-esteem and ingroup bias. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58 (1), 60-67.
- Cross, W. E. (1971). Negro to Black conversion experience: Toward a psychology of Black liberation. *Black World*, 20 (9), 13-27.
- Deaux, K., Reid, A., Mizrahi, K. y Ethier, K.A. (1995). Parameters of Social Identity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 68, 2, 280-291.
- De Miguel, Ana. (s.f.). Los feminismos a través de la historia. 4. Feminismo de la diferencia y últimas tendencias. Recuperado el 21 de julio 2003 de [http://www.creatividadfeminista.org/articulos/feminismo\\_ultimas.htm](http://www.creatividadfeminista.org/articulos/feminismo_ultimas.htm)
- Downing, N. y Roush, K. (1985). From passive acceptance to active commitment: A model of feminist identity development for women. *The Counseling Psychologist*, 13, 695-709.
- Fassinger, R.E. (1994). Development and testing of the attitudes toward feminism and the women's movement (FWM) scale. *Psychology of Women Quarterly*, 18, 389-402.
- Frieze, I. H. y McHugh, M. C. (1998). Measuring feminism and gender role attitudes. *Psychology of Women Quarterly*, 22, 349-351.
- Glick, P. y Fiske, S.T. (1996). The Ambivalent Sexism Inventory. Differentiating hostile and benevolent sexism. *Journal of Personality and Social Psychology*, 70, 491-512.
- Griffin, C. (1989). “I'm not a Women's Libber, but...”: Feminism, Consciousness and Identity. En S. Skevington y D. Baker (Eds.), *The social identity of women* (pp. 173-193). London: Sage.
- Gurin, P. y Townsend, A. (1986). Properties of gender identity and their implications for gender consciousness. *British Journal of Social Psychology*, 25, 139-148.
- Helms, J. E. (1984). Toward a theoretical explanation of the effects of race on counseling: A Black and White model. *The Counseling Psychologist*, 12, 153-165.
- Henderson-King, D. y Stewart, A.J. (1997). Feminist consciousness: Perspectives on women's experience. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 23 (4), 415-426.
- Henley, N. M., Meng, K., Delores O., McCarthy, W. J. y Sockloskie, R. J. (1998). Developing a scale to measure the diversity of feminist attitudes. *Psychology of Women Quarterly*, 22, 317-348.

- IDES (1986). *Estudio sociológico de la mujer ante la política y el feminismo*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Kalin, R. y Tilby, P. (1978). Development and validation of a sex-role ideology scale. *Psychological Reports*, 42, 731-738.
- Lagarde, M. (2000). *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*. Madrid: Horas y horas.
- Larsen, K.S. y Long, E. (1988). Attitudes toward sex roles: Traditional or egalitarian? *Sex Roles*, 19, 1-11.
- Liss, M., Hoffner, C. y Crawford, M. (2000). What do feminists believe? *Psychology of Women Quarterly*, 24, 279-284.
- Liss, M., O'Connor, C., Morosky, E. y Crawford, M. (2001). What makes a feminist? Predictors and correlates of feminist social identity in college women. *Psychology of Women Quarterly*, 25, 124-133.
- Martínez, C., Paterna, C. y Yago, C. (2002). Análisis teórico de los modelos de desarrollo de identidad social feminista y las implicaciones para la psicoterapia feminista y el cambio social (pp. 636-660). *Actas del II Congreso Internacional de AUDEM*. Alicante: Centro de Estudios de la Mujer de la Universidad de Alicante.
- Metra Seis. (1978). *Los españoles y el feminismo*. Madrid: Subdirección General de la Condición Femenina.
- Metra Seis. (1986). *Opiniones y actitudes de los españoles hacia la participación de la mujer en la política*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Miranda, M. J. (1987). *Crónicas del desconcierto*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Morgan, B. L. (1996). Putting the Feminism into Feminism Scales. *Sex Roles*, 34, 359-390.
- Moya, M., Navas, M. y Gómez, C. (1990). Escala sobre la ideología del rol sexual. *Libro de Comunicaciones del III Congreso Nacional de Psicología Social* (Vol. I, pp. 554-566). Santiago de Compostela.
- Myaskovsky, L. y Wittig, M.A. (1997). Predictors of feminist social identity among college women. *Sex Roles*, 37 (11/12), 861-883.
- Nelson, L.J., Shanahan, S.B. y Olivetti, J. (1997). Power, Empowerment and Equality: Evidence for the motives of feminist, nonfeminist and antifeminist. *Sex Roles*, 37, 227-249.
- Paterna, C., Martínez, C., Rosa, A.I. y Yago, C. (2001). De la comparación al compromiso: un análisis de la identidad social feminista. *Revista de Psicología Social Aplicada*, 11 (2), 5-22.
- Pérez, M. y Buitrago, C. (1985). *Las españolas ante el feminismo. Estudio cualitativo*. Manuscrito sin publicar.
- Renzetti, C.M. (1987). New wave or second stage? Attitudes of college women toward feminism. *Sex Roles*, 16, 265-277.
- Rickard, K.M. (1989). The relationship of self-monitored dating behaviors to level of feminist identity on the feminist identity scale. *Sex Roles*, 20 (3/4), 213-226.
- Rickard, K. M. (1990). The effect of feminist identity level on gender prejudice toward artists' illustrations. *Journal of Research in Personality*, 24, 145-162.
- Rivera, M.M. (1994). *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista*. Barcelona: Icaria.
- Schwartz, S. (1994). Are there universal aspects in the structure and contents of human values? *Journal of Social Issues*, 50, 19-45.
- Smith, H.J. y Tyler, T.R. (1997). Choosing the right pond: The impact of group membership on self-esteem and group-oriented behaviour. *Journal of Experimental Social Psychology Bulletin*, 23, 1.265-1.276.
- Spence, J.T. y Helmreich, R. L. (1972). The Attitudes toward Women Scale: An objective instrument to measure attitudes toward the rights and roles of women in contemporary society. *JSAS: Catalog of Selected Documents in Psychology*, 2, 66-67.
- Spence, J.T., Helmreich, R. L. y Sawin, L.L. (1980). The Male-Female Relations Questionnaire: A self-report inventory of sex-role behaviors and preferences and its relationships to masculine and feminine personality traits, sex-role attitudes and other measures. *JSAS Catalog of Selected Documents in Psychology*, 10, 1-3.
- Swim, J.K. y Cohen, L.L. (1997). Overt, covert and subtle sexism. *Psychology of Women Quarterly*, 21, 103-118.
- Synapse. (1985). *Estudio de las Actitudes de las Españolas ante el Feminismo*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales: Estudios de psicología social*. Barcelona: Herder.
- Tougas, F., Brown, R., Beaton, A.M. y Joly, E. (1995). Neosexism: plus ça change, plus c'est pareil. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 21 (8), 842-849.
- Williams, R. y Wittig, M.A. (1997). "I'm not a feminist, but...": Factors contributing to the discrepancy between pro-feminist orientation and feminist social identity. *Sex Roles*, 37 (11/12), 885-904.